



Rol del profesorado para responder a las necesidades de la universidad actual

Alicia Idiáquez López

Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, UNAN-Managua,
Centro Universitario Regional de Carazo, CUR-Carazo

<https://orcid.org/0000-0002-5038-3666>

aidiaquez@unan.edu.ni

Enviado el 28 de Mayo, 2024 / Aceptado el 27 de Junio, 2024

<https://doi.org/10.5377/rtu.v1i1.19047>

Palabras claves: Rol del profesorado, modelos educativos, competencias, sociedad del conocimiento.

RESUMEN

En el presente artículo se hace una reflexión desde una perspectiva analítica e interpretativa de la autora, sobre las necesidades del profesor universitario, en términos de competencias en el nuevo contexto de la cibersociedad y la sociedad del conocimiento según las nuevas demandas de la universidad. Se aborda la evolución de la profesión docente y las nuevas necesidades surgidas a partir del cambio de contexto externo e interno. Se hace una revisión bibliográfica sobre las nuevas exigencias, rol y funciones del profesorado, y la influencia de los diferentes modelos educativos asumidos a lo largo de su evolución. Identifican las características que deben tener los docentes llegando a la conclusión que ya no es suficiente dominar un área específica del conocimiento, ni el solo hecho de poseer títulos de especialidades, maestrías y doctorados para lograr ser un docente de calidad. La realidad a la cual se enfrentan los profesores en la actualidad demanda de ellos un rol integrador entre la amplia variedad de alumnos que se les puede presentar, en el que el docente es un agente educador y socializador, asumiendo incluso responsabilidades fuera de sus clases, resultando evidente que ya no basta poseer competencias de orden escolar, sino que la sociedad demanda también competencias relacionales y emocionales.

INTRODUCCIÓN

Para abordar el tema del rol del profesorado resulta oportuno tomar en cuenta el hecho que, los contextos en los que se desenvuelven los docentes han cambiado de manera significativa en los últimos tiempos, lo que se traduce en nuevas demandas por parte de la sociedad y de los estudiantes mismos en la nueva sociedad del conocimiento, además de estar influido por las nuevas tecnologías creando nuevos escenarios profesionales, propiciando modificaciones a las competencias existentes, surgiendo nuevas necesidades de formación para el profesorado.

De acuerdo a Zabalza & Trillo, (2014), la docencia es una profesión poco definida y estable, que evoluciona y se adapta a los factores condicionantes externos que, a la vez, condicionan, en cada momento histórico, la vida y funcionamiento de las universidades. Así como está claro que el contexto ha cambiado de una manera alarmante debido a diferentes factores, también han surgido nuevas necesidades, en específico en la profesión docente que involucra su desarrollo profesional continuo y la evaluación de su práctica. Para eso se hace necesario tener conciencia de lo que constituye una buena práctica docente y la manera en la que esta se puede cultivar y garantizar (Danielson, 2011).

La docencia es reconocida como un elemento muy importante en la actividad educativa, la que no es nada sencilla, sobre todo con la dificultad que implica la combinación de tradición y postmodernidad en el desarrollo de su profesión. Se suma a esto la necesidad del reconocimiento social de su trabajo y sobre todo el hecho de reconocer que la universidad es otra y se debe acomodar a los nuevos perfiles docentes, lo que trae consigo un sin número de implicaciones (Zabalza, 2009).

Dentro de los cambios que ha experimentado la profesión docente está el del rol que debe asumir ante la diversidad con prácticas pedagógicas diferenciadas. Se observa claramente que lo que se les exige a los profesores de hoy está muy distante de lo que se les exigía décadas atrás (Tardif y LeVasseur, 2018). Este rol y funciones del profesorado ha estado influenciado por los diferentes modelos educativos asumidos a lo largo de su evolución. Estos modelos van desde el academicista, conductista, humanista, cognitivista-constructivista y sociocrítico, tal como puede observarse en la figura 1. Cada modelo educativo varía según el periodo histórico y su coyuntura, dado que su vigencia y utilidad depende del contexto social, estos son dinámicos, transformadores y cambiantes según el momento determinado, tratando de orientar, dirigir y entender la educación, definiendo sus propósitos y objetivos.

Figura 1.
Modelos Educativos que han influido en el rol del docente



Fuente: Elaboración propia

Evolución de Modelos educativos

El modelo educativo tradicional por el cual han estado influenciado los profesores consiste en la asimilación de tradiciones a través de la transmisión de valores, conocimientos y técnicas de generación en generación, en donde lo importante ha sido traspasar el conocimiento, de forma tal que los contenidos y el profesor han sido los protagonistas (Biencinto López et al., 2005). En el modelo tradicional mencionado, las fases que contiene una lección son: explicación por parte del formador, estudio individual por parte del que aprende y recitación o examen, donde el sujeto demuestra los saberes acumulados en un momento dado en el tiempo, aunque la mayor parte de las veces son de carácter memorístico y están poco interiorizados. Este es un modelo basado en los conocimientos del docente de su disciplina, en donde los conocimientos pedagógicos se adquieren a través de la experiencia docente en el aula de clases, dado que la importancia es otorgada a los conocimientos disciplinares, dando protagonismo al docente y un papel secundario al estudiante, siendo este un agente pasivo.

Cabe agregar que este modelo, ha sido parte de la tradición del siglo XIX y parte del XX, y aunque no es posible la interdisciplinariedad sin el dominio de las disciplinas, cada vez más el trabajo interdisciplinario se impone en el quehacer académico.

Por otra parte, está el **modelo conductista o saber hacer**, el cual tiene como representantes a Skinner y Watson; también se le conoce como pedagogía por objetivos, y nace en la época de la producción industrial. Este modelo considera la educación como una manera de transmitir saberes y acumular aprendizajes, teniendo una concepción del aprendizaje como conducta observable, en el entendido que a todo estímulo le sigue su respuesta y la repetición de esta se ve determinada por las posibles consecuencias de dicha respuesta, quedando el aprendizaje en función del entorno, el que no es muy duradero, sino que necesita ser reforzado, convirtiéndose en un aprendizaje memorístico, repetitivo y mecánico. Según los teóricos de este modelo, el aprendizaje no es una cualidad específica al organismo, sino que este requiere ser

impulsado por el ambiente, o por un impulso exterior para poder operar, teniendo como objetivo predecir la conducta humana.

En el mencionado modelo conductista, el rol del docente es de poseedor de conocimiento, organizador, planificador y director del aprendizaje, en búsqueda del cambio del comportamiento y conducta de sus alumnos a través de estímulos. Esto lo logra a través del libro de texto, métodos de refuerzo, fijación de los aprendizajes y control como consecuencia de objetivos instruccionales. Este modelo propone como evaluación la medición de la conducta de los alumnos, los que acumulan saberes que son periódicamente controlados.

El modelo humanista o saber ser está basado en la doctrina de integración de valores humanos, dando relevancia al arte, la cultura, el deporte y las actividades humanas generales. Este modelo busca el desarrollo de las organizaciones a partir del desarrollo y bienestar del ser humano, promoviendo la formación integral de las personas. Se opone al consumismo y a todo lo que atente contra la dignidad humana, teniendo al docente como protagonista del aprendizaje. Para Cavazos (2013), la educación humanista está definida como de tipo indirecto ya que en ella el profesor permite que los alumnos aprendan mientras induce y promueve las exploraciones, experiencias y proyectos que éstos destacadamente decidan emprender con el objetivo de conseguir aprendizajes vivenciales con sentido.

En el modelo humanista el docente tiene un rol activo, investigador, creador y experimentador, siendo flexible, espontáneo y orientador, siendo receptor ante nuevas formas de aprendizaje, interesado en el alumno como persona, fomentando el espíritu cooperativo y la empatía con sus estudiantes, rechazando posturas egocéntricas y autoritarias y poniendo a la disposición de sus estudiantes los conocimientos que ha adquirido a través de su experiencia.

El modelo cognitivista-constructivista o saber aprender y pensar tiene como principales representantes a Bruner y Ausubel, los que hacen énfasis en la importancia del estudio de los procesos del pensamiento, de la estructura del conocimiento, los mecanismos que explican éste, así como en el estudio experimental de los mismos, no solo en condiciones de laboratorio, sino también en condiciones naturales del aula.

Para Tunnermann (2008), según la concepción cognitivista, el cerebro del ser humano es un procesador dinámico de información, el que tiene como componentes esenciales la información externa, los esquemas mentales y la mediación didáctica que facilita la interacción de estos componentes. El cognitivismo está centrado en las personas y sus experiencias previas que son las que propician nuevas construcciones mentales. Considera al docente como un orientador y facilitador de la enseñanza aprendizaje y, a diferencia de los anteriores, le da al estudiante un papel de protagonismo en este proceso, contando con un currículo flexible, siendo

un solucionador de conflictos y sirviendo como puente entre el conocimiento y los estudiantes, dado su alto dominio intelectual, debiendo apropiarse de proyectos y evaluar las competencias.

Otro modelo educativo es el denominado **sociocrítico o saber aplicar y transferir**, el que se basa en las necesidades puntuales del contexto y sus demandas, orientando la educación al cambio y la transformación social en una lucha constante contra la desigualdad y la marginación, optando por metodologías grupales, basando su evaluación en alternativas de intervención. Popkewitz (1988) plantea que el verdadero docente universitario debe generar conocimiento desde la academia, fundamentado en la investigación pedagógica, para lo cual debe ser crítico de la práctica y generar conocimiento desde ella con el objetivo de hacerla crecer, mejorar y generar impacto social. Bajo esta condición, se puede afirmar que el perfil del docente universitario de la actualidad no es de un investigador, dado que muchos profesores acceden a la docencia de manera accidental y de manera improvisada, con la creencia que basta saber de un tema para poder enseñarlo (Ángel Macías et al., 2017).

Popkewitz afirma que este modelo tiene como características conocer la realidad como praxis; unir la teoría con la práctica, integrando los conocimientos, la acción y los valores; orientar el conocimiento del ser humano hacia la emancipación; y proponer la integración de los participantes en los procesos de reflexión y toma de decisiones. En este modelo sociocrítico el rol del docente ha sido el de líder, permitiendo que el alumno acceda directamente al conocimiento, con el fin de crear personas pensantes y creativas que sean capaces de resolver problemas sociales.

Tal como se ha planteado, todo el proceso de cambio que ocurre en la sociedad, ha modificado el trabajo del profesor, y, por ende, la imagen, rol y funciones del mismo se ven impactados por estas nuevas exigencias a las cuales se ve sometido (Vaillant y Marcelo, 2015). El docente universitario del siglo XXI es un profesional que tiene muchas responsabilidades con la sociedad al estar formando a los profesionales de un futuro muy próximo. Según Tardif & LeVasseur, a pesar de las condiciones y dificultades de la coyuntura, los docentes se enfrentan día a día a exigencias cada vez más pesadas, difíciles de satisfacer, entre ellas asegurar el cumplimiento de los objetivos, la situación económica tanto de los estudiantes como de los maestros, la diversidad en todos los sentidos frente a un currículo común, la promoción y el crecimiento en valores, el aspecto ecológico.

Para definir una profesión se debe tomar en cuenta el manejo de un cuerpo complejo de conocimientos y habilidades que se adquieren en un periodo de formación (Ángel et al., 2017), o a través de la experiencia misma, dado que el éxito de la educación depende en gran medida de la calidad de sus docentes, de manera que la formación supone un elemento fundamental en el sistema educativo y necesita estar en constante actualización para poder responder a las demandas cambiantes de la sociedad. Es por tal razón que la sociedad actual exige mayor productividad, al

tiempo que demanda irremisiblemente mejores niveles de competencias en los profesores de las instituciones educativas, dado que la calidad de los docentes y su capacitación profesional permanente siguen siendo esenciales para poder conseguir la educación de calidad que requiere en la actualidad.

En esta línea, los profesores de hoy en día ya no pueden únicamente tener conocimientos en sus disciplinas, y estar dotados de buenas estrategias para enfrentar los problemas que se le presenten, sino que estos deben ser capaces de adaptarse a las condiciones propias de su entorno y poseer principios éticos en su trato con los alumnos, lo que hace que las relaciones con los mismos se vuelvan más complejas porque exigen de los profesores competencias relacionales y emocionales y un cambio de rol que es consecuencia del cambio que se da en la sociedad.

Estos planteamientos suponen a los profesores universitarios como profesionales que poseen conocimientos y saberes teóricos y que también poseen mucha experiencia, la que puede servir para constituir una base sistematizada de conocimientos acerca de la enseñanza. En la actualidad el profesor no solo administra y elabora las propuestas técnicas desde afuera del aula, sino que, según los conceptos desarrollados alrededor del profesional reflexivo, se considera al docente realizando un trabajo mucho más activo en la formulación de sus objetivos y métodos de enseñanza.

Este profesorado tiene la tarea de combinar la calificación adquirida mediante la formación profesional y el comportamiento social, aspectos actitudinales que promuevan el trabajo en equipo, la resolución de problemas y la capacidad de innovar y asumir riesgos con compromiso, asumiendo el papel de ser agente de cambio, todo esto a través de la educación a lo largo de la vida la que debe ofrecer a cada cual los medios para conseguir equilibrio entre el trabajo y el aprendizaje.

Por otra parte, se expresa la necesidad de actualizar prácticas pedagógicas, en las que el alumno pueda avanzar por cuenta propia y el rol del docente sea fundamentalmente de centrarse en lograr que los estudiantes sean los protagonistas de su formación y ellos mismos contribuyan a una mejor calidad de vida, el tejido social, el desarrollo socioeconómico y la sustentabilidad ambiental, asumiendo una actitud crítica y constructiva, utilizando la tecnología, enseñándole a ordenar, clasificar y jerarquizar la misma, haciendo uso de los medios disponibles para lograr tal fin (Parra Acosta et al., 2015).

En este sentido, el docente no necesariamente estará presente para explicarle al alumno, sino que le dará los instrumentos claves para que pueda entender las tecnologías. Esto significa, según Parra, que existe la necesidad de replantearse el perfil del docente universitario, cambiando de ser un facilitador a ser un mediador de la formación humana integral, centrándose más en problemas del contexto, considerando que la sociedad necesita profesionales con pensamiento

crítico, que posean vastos conocimientos no solo de su especialidad, sino también de su contexto local y global, con amplia capacidad de adaptación y compromiso social; de modo tal que nadie debe dudar que enseñar se ha convertido en una profesión nada fácil (Imberón, 2019).

Para Clavijo (2015), esta redefinición de la función docente implica abandonar el tradicional rol de difusor para convertirse en guía en la construcción de conocimiento, pasando de ser el transmisor de la verdad a “acompañar, guiar, evaluar, apoyar al aprendiz mientras sea necesario”, adaptando nuevas técnicas para propiciar un aprendizaje significativo. Para Tardif y LeVasseur (2018) el profesor debe salir de la esfera de la instrucción y aprender a adaptarse a sus nuevos roles profesionales, transformándose en un “camaleón profesional”, asumiendo roles que pueden ser desde un trabajador social, psicólogo, educador, padre, tutor, policía, entre otros que puedan presentarse, tal como se le exige a los egresados ya en el campo laboral, la capacidad de adaptación a nuevos ámbitos de desarrollo profesional, no limitándose a los conocimientos y destrezas de su especialidad (Zabalza, 2009).

En este nuevo escenario, el docente deja de ser solo un transmisor de conocimientos y se convierte en un mediador del aprendizaje, donde el estudiante en vez de memorizar vaya a la escuela a aprender. El alumno va ocupando espacios que tradicionalmente le pertenecían al profesor de forma tal que va logrando autonomía e independencia en su aprendizaje. Al mismo tiempo, en la actualidad, el docente está llamado a desarrollar habilidades digitales a través de la capacitación, el uso crítico y ético de los contenidos y de hacer espacios creativos e innovadores de educación. En esa misma línea, Villaroel y Bruna (2014) sostienen que los maestros deben actualizarse en metodologías de enseñanza y evaluación, añadiendo actividades prácticas que permitan el desenvolvimiento de las competencias esperadas, así como la construcción de evaluaciones que permitan la retroalimentación continua de sus estudiantes.

Para lograr estos objetivos los profesores deben estar preparados para desarrollar las competencias necesarias con profesionalismo y responsabilidad, pareciendo casi ilimitada la lista de lo que se pide del profesor universitario hoy. Según Tobón (2008), el docente debe diseñar situaciones de aprendizaje que fomenten la construcción propia de conocimiento, valores, competencias, habilidades y actitudes profesionales, promoviendo espacios de diálogo y participación, sirviendo de mediador, enseñándole qué hacer, cómo, cuándo y por qué. Para esto se requiere de una formación docente que favorezca el desarrollo profesional de los profesores a lo largo de la vida, viabilizando un ejercicio profesional competente autónomo y comprometido, esto quiere decir que ya no basta con aprender del libro de texto, sino de la vida y a lo largo de ella. En síntesis, ya no se puede limitar la enseñanza a los aprendizajes propiamente escolares.

Desde la posición de Ángel-Macías et al. (2017) resulta lamentable que los docentes de educación superior por lo general, carezcan de una preparación apropiada en pedagogía,

asumiendo que un título profesional o de posgrado es suficiente para ser profesor. Si bien es claro que es inaceptable tener un docente de educación superior sin formación en el área específica disciplinar, esto no significa que se deba minimizar la formación pedagógica, la cual es muy importante para llevar a buen término el currículo.

Ante tantos cambios en los escenarios actuales, parece normal la exigencia de profesores con altos estándares de competencias docentes, tomando en cuenta que el mundo ha cambiado y el conocimiento que adquiere un individuo, cambia cada cinco años (Argudín, 2010). Las características de los buenos docentes han venido cambiando en el orden que cambia el estudiantado, la sociedad y sus diferentes demandas, demandando que los docentes de la sociedad actual se tracen metas en las que el estudiante sea capaz de conseguir su aprendizaje de manera autónoma e independiente. Para esto es necesario planificar el tiempo y las actividades, así como el espacio, en función que el alumno pueda desarrollar su propio potencial, de manera que el docente le pueda servir de mediador, enseñándole qué hacer, cómo, cuándo y porqué.

Puede observarse que este tipo de aprendizaje es distinto a la simple memorización, dado que en la actualidad se requiere de un profesorado que se mantenga en constante cambio y permanente actualización, ajustando sus competencias profesionales y las nuevas funciones que puedan surgir. Ya no se puede hablar que los egresados de las universidades al concluir sus estudios están preparados para la vida. En esta sociedad del conocimiento las demandas son mayores ya que el mundo es altamente cambiante y los docentes deben sincronizarse con estos cambios, enfocándose en las necesidades de los alumnos y de la sociedad misma.

Según Danielson (2011) los primeros enfoques que se han aplicado a la definición de las competencias docentes se centraron en las características personales de los maestros. Resulta oportuno entonces, precisar las características que definen un buen docente universitario y las competencias que este debe desarrollar, entendiendo que las mismas están definidas por el rol competencial que incluye comportamientos, capacidades, habilidades y actitudes necesarias para poder ejercer de forma satisfactoria el rol de la docencia superior.

A juicio de Gairín (2018), la calidad de los docentes está relacionada con la práctica y la reflexión acerca de la profesión misma, siendo esto un factor muy importante para que el profesor pueda trascender a su contexto. De tal manera que Gairín afirma que el desarrollo profesional de los trabajadores de una institución se ve reflejado en el desarrollo y avance de la misma, convirtiéndose en organizaciones que aprenden y facilitan el aprendizaje de sus miembros, los que se transforman de manera permanente, siendo el aprendizaje aspecto fundamental de la organización.

Por otra parte, Merellano-Navarro et al. (2016) afirma que, dentro de las características más importantes de los profesores, destacan los rasgos interpersonales. Para estos investigadores

la clave de una docencia universitaria de calidad está en la práctica reflexiva y la reconstrucción de las estrategias de enseñanza, distanciándose de la simple transmisión de conocimiento, procurando un sistema de docencia orientadora y de guía, dando a los estudiantes un rol de protagonistas en la conducción de su aprendizaje y fomentando ambientes propicios para el mismo, en donde el profesor pueda atender la diversidad de estudiantes que tiene en sus cursos.

Para Merellano-Navarro el ejercicio de la docencia es un compromiso de vida que implica aspectos de conductas, actitudes sociales, valores y emociones, los que se deben tomar en cuenta a la hora de estar en el escenario pedagógico, trascendiendo de la entrega de conocimientos y contenidos, llegando a incidir en el desarrollo personal y social de los estudiantes. Como consecuencia de estos planteamientos Merellano-Navarro et al. exponen que el buen docente universitario debe tener habilidades pedagógicas, humanas e ideológicas, tomando en cuenta su comportamiento en el proceso de enseñanza aprendizaje enfocado en el estudiante.

Por otra parte Espinoza-Freire et al. (2017) en una investigación sobre la aproximación de las características del profesorado universitario concluyeron que el profesor de estos tiempos está caracterizado por su compromiso con la capacitación y superación permanente, el aprendizaje de sus alumnos y además, ser un investigador que busca soluciones a los problemas pedagógicos, siendo un maestro de la vida que coloca en el centro de su vocación los valores humanos y está comprometido con la integridad académica.

Con el fin de observar de una manera clara la postura asumida en cuanto al rol del docente se muestra la siguiente tabla:

Tabla 1.
Nuevo rol del docente universitario de la sociedad del conocimiento

Rol del docente décadas atrás	Rol del docente de la Sociedad del Conocimiento
<ul style="list-style-type: none"> • Conocer sus disciplinas. • Metodologías pasivas dentro del aula de clases. • Se limitan a los conocimientos y destrezas de su especialidad. • Administra y elabora las propuestas técnicas desde afuera del aula. • Simple transmisor de conocimientos que ve al estudiante como simple receptor. • Basta con la experticia en su especialidad. 	<ul style="list-style-type: none"> • Desarrolla competencias determinadas que tienen que ver con el saber, saber hacer, saber ser, saber transferir y saber desaprender, ante un mundo con nuevas tecnologías, redes sociales y ciber sociedad. • Adaptarse a las condiciones propias de su entorno. • Dispone de los conocimientos, destrezas y actitudes necesarias para ejercer su propia actividad laboral. • Resuelve los problemas de forma autónoma y creativa y está capacitado para colaborar en su entorno laboral y en la organización del trabajo. • Satisface las necesidades de la sociedad, pero además se deben proyectar a nivel regional y de país. • Formador y tutor, que guía y acompaña a sus estudiantes en los procesos de construcción de conocimientos y de desarrollo de diferentes habilidades y valores. • Competente de manera integral con responsabilidad, ética y compromiso.

Fuente: elaboración propia a partir de autores.

El perfil del docente necesita redefinirse, tal como se ha dicho anteriormente, en el sentido que ya no es suficiente dominar un área específica del conocimiento, ni el solo hecho de poseer títulos de especialidades, maestrías y doctorados para lograr ser un docente de calidad. La nueva realidad a la cual se enfrentan los profesores en la actualidad demanda de ellos un rol integrador entre la amplia variedad de alumnos que se les puede presentar, en el que el docente es un agente educador y socializador, asumiendo incluso responsabilidades fuera de sus clases, resultando evidente que ya no basta poseer competencias de orden escolar, sino que la sociedad demanda también competencias relacionales y emocionales (Imbernón, 2016).

En ese sentido, los profesores interesados en la idea de competencias asumirán responsabilidades importantes en la elección de las prácticas sociales de referencia e invertirán en las mismas su toque personal en cuanto a la visión de la sociedad, de la cultura y la acción, mucho más que cuando solamente transmiten conocimientos, enfrentándose con los problemas de la educación tradicional que trabaja en torno a teorías, en cambio se necesita romper con el desfase existente entre la universidad y la realidad del entorno, asumiendo las necesidades de la nueva universidad, de tal forma que se pueda dar un cambio en el profesorado, por medio de la formación por competencias.

Tal como se ha podido ver, es evidente que se demanda mucho del profesorado universitario y la lista de conocimientos, habilidades y actitudes requeridas de ellos es interminable dado que su rol y perfil han cambiado con el contexto y seguirán cambiando. De ello resulta que las características del profesor emplazan el desarrollo de determinadas competencias, asociadas al saber, saber hacer, saber ser, saber transferir, saber aprender y saber desaprender.

Inevitablemente el nuevo rol del docente ha generado nuevas necesidades relacionadas con competencias determinadas ante un mundo con nuevas tecnologías, redes sociales y ciber sociedad, combinando la formación teórica con los conocimientos prácticos, lo que puede facilitar la adquisición de destrezas que sean a la vez más adaptables que las de profesiones establecidas y que puedan transferirse con más facilidad que las de trabajadores semi cualificados.

CONCLUSIONES

Al hacer ese recorrido por cada uno de los modelos educativos que han incidido en el rol del docente, se puede ver que cada uno de ellos ha tratado de dar respuesta a la realidad del momento por lo que, en la actualidad se hace necesario actualizar este rol de acuerdo a las necesidades de la sociedad del conocimiento y de la universidad. Según Tobón (2018), estos modelos tienen un problema serio, al enfocar los aprendizajes en grandes cantidades de contenidos, sin enfocarse en las competencias esenciales que demanda la sociedad, lo que tiene como consecuencia egresados que no saben resolver problemas articulando los saberes con análisis crítico y sistémico,

presentando carencia de valores como la responsabilidad, el respeto, la honestidad, la humildad, la equidad y la solidaridad. Este autor sostiene que los modelos educativos experimentados no ofrecen alternativas de solución pertinentes, ya que están anclados en que la meta es aprender elementos disciplinares y académicos.

Ante los retos planteados, es evidente que se espera mucho del papel de los docentes, sobre todo en la preparación de los jóvenes, contribuyendo al desarrollo de cada individuo, ayudándolo a vivir en un mundo inmerso en la globalización, ayudando en la formación de las actitudes con respecto al estudio, despertando la curiosidad, autonomía, rigor intelectual y creando las condiciones que propicien un aprendizaje permanente. Al mismo tiempo fungiendo como un agente de cambio que favorezca el entendimiento mutuo y la tolerancia.

El profesor universitario en su nuevo rol es el encargado de enseñar a aprender la ciencia, enseñar a gestionar el conocimiento significativamente con sentido personal para el alumno, de darle carácter ético a los contenidos que enseña, de manera que se convierta en un buen ciudadano, en otras palabras se requiere que el profesor tenga un alto sentido de compromiso con la profesión docente y con el desarrollo de la sociedad, a través de una tarea formadora, en la que no basta con la experticia en su especialidad sino, que se requiere deseos de querer ser competente de manera integral con responsabilidad, ética y compromiso (Imbernón, 2007).

Ya no se puede partir de la idea que el profesorado ya tiene desarrolladas estas características, sino que se necesita la formación docente por competencias, en consecuencia, en el siguiente apartado se aborda la parte conceptual de las competencias del profesor universitario y sus dimensiones y las tendencias actuales de las mismas.

A partir del análisis realizado, se puede ver que, ante los cambios de la sociedad se demandan nuevas características y competencias del profesorado, teniendo como base el rol del docente, como un profesional del mundo del trabajo que es al mismo tiempo educador, con características pedagógicas y didácticas que le permiten formar a los futuros profesionales para la sociedad del conocimiento.

REFERENCIAS

Ángel Macías, M. A., Ruiz-Díaz, P., & Rojas-Soto, E. (2017). Propuesta de competencias profesionales para docentes de programas de salud en educación superior. *Revista Facultad de Medicina*, 595-600.

Argudín, Y. (2010). *Educación basada en competencias. Nociones y antecedentes*. México: Trillas.

Biencinto López, C., Domínguez Fernández, G., & García Fraile, J. (2005). La necesaria imbricación entre aprendizaje y formación. El simulador educativo como tecnología adecuada para la formación de formadores. *Revista Complutense de Educación*, 645-671.

- Cavazos, R. (2013). Una mirada a la pedagogía tradicional y humanista. Presencia Universitaria.
- Danielson, C. (2011). Competencias Docentes: desarrollo, apoyo y evaluación. Obtenido de www.preal.org/publicacion.asp
- Espinoza-Freire, E., Tinoco-Izquierdo, E., & Sánchez Barreto, X. (2017). Características del docente del siglo XXI. OLIMPIA Revista de la Facultad de Cultura Física de la Universidad de Granma, 39-53. Obtenido de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6210816>
- Imbernón, F. (2019). La formación del profesorado de educación secundaria: La eterna pesadilla. Profesorado. Revista de currículum y formación del profesorado, 151-163. Obtenido de <https://recyt.fecyt.es/index.php/profesorado/article/view/74488>
- Merellano-Navarro, E., Alonacid-Fierro, A., Moreno-Doña, A., & Castro-Jaque, C. (2016). Buenos docentes universitarios: ¿Qué dicen los estudiantes? Educ. Pesqui, 937-952. Obtenido de https://www.scielo.br/scielo.php?pid=S1517-97022016000400937&script=sci_abstract&lng=es
- Parra Acosta, H., Tobón, S., & López Loya, J. (2015). Docencia socioformativa y desempeño académico. Paradigma, 42-55. Obtenido de http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1011-22512015000100004
- Popkewitz, T. (1988). Paradigma e ideologías en investigación educativa. Mondadori.
- Tardif, M., & LeVasseur, L. (2018). Los profesores en Canadá ¿Una identidad profesional en mutación? En M. Cantón, & M. Tardif, Identidad profesional docente (págs. 19-32). Madrid: NARCEA, S.A. DE EDICIONES.
- Vaillant y Marcelo. (2015). Formación inicial del profesorado de educación secundaria en Latinoamérica-Dilemas y desafíos. Profesorado. Revista de Currículo y formación del profesorado, 35-52. Obtenido de <http://www.denisevaillant.com/wp-content/uploads/2019/10/revista-Profesorado-Vaillant.pdf>
- Villaroel, & Bruna. (2014). Competencias pedagógicas que caracterizan a un docente universitario de excelencia: un estudio de casos que incorpora la perspectiva de docentes y estudiantes. Formación universitaria, 75-96. Obtenido de <https://scielo.conicyt.cl/pdf/formuniv/v10n4/art08.pdf>
- Zabalza, M. Á. (2009). Ser profesor universitario hoy. La Cuestión Universitaria, 68-80. Obtenido de http://red-u.net/redu/documentos/vol10_n2_completo.pdf
- Zabalza, M. Á., & Trillo, A. (2014). Formación docente del profesorado universitario. El difícil tránsito a los enfoques institucionales. Revista española de pedagogía, 39-54. Obtenido de <https://revistadepedagogia.org/wp-content/uploads/2014/02/257-03.pdf>